

del arte al universalizarse; al contrario, ganaría en extensión y profundidad. Su dominio sería ilimitado; impregnaría todas las producciones; no se limitaría a pintar grandes superficies, a esculpir el mármol, a fundir el bronce. El arte estaría en todo: en el cacharro de agua como en las decoraciones de un Puvis de Chavannes; en los menores objetos usuales como en un grupo de Constantin Meunier.

Ya no se verían grandes artistas sofocados por la miseria y envueltos en la indiferencia, como antes sucedía con frecuencia.

Innumerables artistas de alto y admirable valor, lo mismo que grandes inventores que vivieron en la sociedad capitalista, murieron desconocidos en la miseria negra, o desaparecieron sin dejar huellas de su paso por falta de circunstancias favorables.

Y aun, entre los que lograron salir a la superficie, hubieron de luchar horriblemente bajo el peso de los mayores sufrimientos físicos y morales. ¡Cuántos otros, después de haber luchado entre penas y dolores, murieron confundidos en la masa vulgar, y no fueron reconocidos como grandes artistas hasta después de su muerte!

CAPITULO XI

La liberación de la mujer

Si se hubieran sondeado muchos ex-beneficiarios de la sociedad capitalista no se hubieran encontrado pocos que en su fuero interno maldecían la revolución, y que la sufrían porque no podían hacer otra cosa: llevados por la corriente, demasiado débiles para resistir las fatalidades sociales, y no teniendo humor para andarse en rebeldías, se dejaban ir sin resistencia.

Lo mismo sucedió en todas las revoluciones anteriores. Hay en el mundo gran cantidad de seres pasivos que se adaptan sin murmurar, que siguen a los guías cuando resultan vencedores.

Esa plasticidad de la multitud, que en las épocas de explotación y de opresión aseguró el triunfo de los privilegiados, se halló al servicio de la revolución. Gracias a ella, los esfuer-

zos de los revolucionarios tuvieron fácil resultado. Con un mínimo de obstáculos se transformaron profundamente las costumbres y los procedimientos.

Una de las manifestaciones características de esa transformación fué el movimiento de evacuación de las grandes ciudades. Las enormes aglomeraciones humanas fueron rápidamente descongestionadas, y las poblaciones se extendieron hacia sus periferias.

Esa tendencia a la descentralización se había hecho ya sensible antes de la revolución; los suburbios de las ciudades tentaculares, París principalmente, se cubrían de habitaciones y de chalets donde se albergaban familias obreras, dichosas de gozar del aire libre y de adquirir un hogar libre de la tiranía del casero. Las necesidades del trabajo, la carestía de las comunicaciones y la falta de recursos habían impedido esa descentralización, contenido su impulso. No existiendo ya esas trabas; cuando por la supresión del comercio, del agio y de todas las complicaciones de la sociedad capitalista, la vida se halló simplificada y fácil, desapareció la razón de ser de la centralización urbana y se acrecentó el éxodo hacia los campos.

Paralelamente a ese impulso hacia una exis-

tencia semicampestre, más individualizada, más aislada, se desarrollaban costumbres comunistas por efecto de una industrialización ascendente de los cuidados caseros.

La aparente contradicción que a primera vista resulta entre esas dos tendencias era superficial; en los dos casos había manifestaciones de ardiente deseo de la independencia que todos ansiaban. Sólo que esa independencia la buscaba cada uno en las condiciones de existencia que más eran de su agrado.

En los centros urbanos, bajo el impulso de la mujer, deseosa de librarse de los trabajos caseros, se desarrollaron muchas industrias que antes quedaron embrionarias por falta de condiciones favorables, sea que no hubieran remunerado suficientemente el capital en ellas empleado, sea que el público encontrara demasiado onerosos sus servicios.

Ya no existían tales inconvenientes: sólo se contaba ya la utilidad. Se efectuaban trabajos y se aplicaban descubrimientos que en régimen capitalista hubiesen sido irrealizables, porque hubieran resultado dispendiosos en comparación del rendimiento obtenido.

En el orden casero familiar se industrializaban las tareas fastidiosas, anteriormente a cargo de la domesticidad entre los ricos y

desempeñadas por la mujer entre los proletarios.

Por ejemplo: la limpieza del calzado se efectuaba mecánicamente, por máquinas ya antiguas, pero que ahora abundaban en sitios públicos y en los grandes inmuebles. También se descargaban sobre máquinas, de antigua invención y de generalización moderna, de la limpieza de las habitaciones. El fregado de la vajilla y la limpieza de los vestidos no incumbía ya al trabajo humano; esas tareas se habían industrializado, lo mismo que el lavado y planchado de la ropa. En cada calle o en cada grupo de casas se había instalado un servicio de limpieza mecánica, y había empleados encargados de tomar y llevar a domicilio las ropas. Además, en los almacenes de alimentación, toda una serie de máquinas, cuyo uso no había podido generalizarse en régimen capitalista, se habían hecho de aplicación corriente.

La preparación de las comidas no obligaba ya a los insípidos guisos de antaño: se hacían traer a casa, de las cocinas públicas, los platos pedidos; o, si se prefería, se podía ir a comer aisladamente o en compañía a los restaurants públicos que, perfectamente instalados, se hallaban siempre cerca.

En ese orden de hechos, muchas otras como-

didades y ventajas, que es superfluo enumerar, habían sido puestas en práctica, y otras estaban en vía de realización.

La mujer no estaba ya obligada a ser, según la brutal expresión de Proud'hon, «casera o cortesana»; tampoco había de sujetarse al capricho de las sufragistas, que no veían liberación femenina más que en la conquista del boletín electoral. La mujer podía quedar mujer, en el sentido más femenino y humano de la palabra, sin parodiar al hombre, sin tratar de suplantarle en las tareas que tenía a su cargo.

Muchos oficios quedaron de la competencia de la mujer, y quedarían aún por mucho tiempo. Lo esencial era que cada vez más se iba librando de todos los trabajos a que había estado sometida en la sociedad burguesa, no en razón de sus aptitudes, sino porque su trabajo se pagaba con menor salario que el de los hombres.

En la nueva organización, se fijó inútil fijar para la mujer, como se había fijado para el hombre, la obligación moral de suministrar un tiempo de trabajo determinado. Se había considerado que su alta función de maternidad posible la liberaba de todos los demás deberes sociales. La mujer quedaba, pues, enteramente libre de disponer de sí, de trabajar

o no, consintiese o no en la maternidad, y no hizo mal uso de esa libertad, como no abusaban los hombres. Reservóse funciones en relación con sus aptitudes, ocupándose en diversas tareas, como educación de los niños y cuidado de los enfermos. Trabajaba menos tiempo y reposaba más que el hombre, y, por regla general, dejaba el trabajo a los primeros síntomas de la maternidad.

No había renunciado la mujer, so pretexto de sencillez, a las hermosas telas, a los adornos y atavíos; no le desagradaba, después de enriquecer su inteligencia, embellecer su cuerpo; pero había dejado de ser esclava de la moda. La desaparición del comercio destronó su tiranía y libertó el buen gusto. Se vestía cuidadosamente, razonaba sus adornos, sabía armonizarlos. En eso consistía su superior elegancia, y no en la exhibición de costosos trajes que exteriorizaban la riqueza con perjuicio del arte.

La mujer, agrupada como el hombre, en sindicatos profesionales, estaba con él en perfecta igualdad, y, como él, participaba de la administración social.

Esta independencia material y moral de la mujer tuvo por primordial repercusión depurar y ennoblecer las relaciones sexuales. En lo sucesivo, las atracciones mutuas eran el resul-

tado de la simpatía y del amor, y no de combinaciones más o menos interesadas. Los odiosos mercados, antes tan comunes, quedaban olvidados y desconocidos. El hombre ya no cazaba el dote. La joven no buscaba quien la mantuviera legal o ilegalmente. Todas las mentiras, todas las bajezas, todas las promiscuidades y villanías que engendraban el ansia de riquezas y el temor de la pobreza, productos pestilentes de la desigualdad, habían desaparecido ante el lote común del bienestar.

Ya no fué temida la maternidad. La mujer, educada, consciente, la aceptaba a la hora de su elección... ¡El niño podía nacer feliz! Libre quedaba la madre de criarle ella misma, o de confiarle a los cuidados casi-maternales de sus compañeras. Tenía la seguridad de que el infante sería bien venido; para él había bella y amplia plaza en el banquete social.

CONCLUSIÓN

Hemos llegado al fin.

Hemos evocado, ciertamente de modo imperfecto, el gran período revolucionario que inició en Francia la sociedad de libertad, de paz y de bienestar.

No es perfecta aún la sociedad nueva; puede ser objeto de crítica y censura; no faltan choques y rozamientos; el régimen de la producción y el sistema de la distribución dejan aún que desear...

¡Oh! ¡El ideal no se ha alcanzado! ¿Se alcanzará al fin?...

Pero si no existe cuadro sin sombra, a lo menos el mal de miseria quedaba vencido y desembarazada la vía del porvenir.

No podía ponerse ya fuerza coercitiva alguna a través de la evolución.

Como nadie tiene ya interés en perpetuar las costumbres del pasado; como no hay ni puede haber institución compresiva que, como lo hizo el Estado en el curso de los siglos,

sofoque las nuevas aspiraciones y destruya en germen el progreso, la marcha adelante continuará sin interrupción.

A medida que tales o cuales mejoras o preferentes modos de vivir se consideren preferibles, su adopción se hará automáticamente, sin que sus partidarios hayan de luchar contra sus enemigos, sin que unos puedan oponerse a otros.

La revolución abrió libre vía en todos sentidos: un ser humano sociable, consecuencia del nuevo medio, del nuevo ambiente, había reemplazado a la bestia humana del período capitalista: el hombre se hizo bueno porque ya no tuvo interés en ser malo.

A la lucha, a las rivalidades, a las discordias, a los odios, a la guerra sucedió el acuerdo, la cordialidad, la ayuda mutua. Su lucha continuó en el dominio de la naturaleza: sobre ese terreno, de común acuerdo, los hombres iban dominando las fuerzas adversas y poniéndolas a su servicio.

Y ahora que todas las aprensiones se han desvanecido; ahora que la revolución se extiende a todo el mundo, dando equitativamente a los pueblos paz, libertad y bienestar; ahora que no es de temer ningún peligro interior ni exterior... ¡ahora la vida es dulce y buena de vivir!

¡La alegría sube! ¡La alegría fundada en la certidumbre de que la revolución es irrevocable, que toda reacción es imposible!

Esa certidumbre ilumina el horizonte.

Y ante el hombre regenerado, libertado de todas las cadenas, de todas las servidumbres, se abre amplia y recta la vía del porvenir.

FIN DEL TOMO SEGUNDO